



Montañas de Navarra

Por FRANCISCO RIPA VEGA

La montaña presenta tan múltiples variedades en la orografía navarra que, el montañero, sin salir de ella, puede practicar todas las modalidades de su deporte favorito.

En medio de panoramas de belleza insuperable, tiene el amante de la alta montaña, para satisfacer sus gustos, la región septentrional de la provincia, la más alejada de la capital. Para ello, deberá trasladarse al valle de Roncal, de negros caseríos y pronunciados tejados, armonía de color y línea en el verde oscuro de los pinares; allí el traje regional señero, de los más vistosos y típicos de la Península; y si la excursión se efectúa en los meses de Mayo o Junio, el arrastre de la madera de sus bosques, en las clásicas almadías, que el río Esca, entre barrancos profundos coronados por altas cumbres, lleva en su ruta hacia tierras alejadas.

Ya en Isaba, las Peñas de Ezcaurre y Ardidiguinea, cautivan por su bella estampa, de duras facciones y rápidas laderas de impresionantes desniveles, teniendo la atalaya de sus cimas un horizonte tan dilatado que compensa la fatiga de la ascensión. En ellas debe templarse el montañero que quiera dominar el macizo principal de nuestra montaña en el Pirineo. Ha de acostumbrarse a la lucha constante con la roca, con la niebla, con el frío, con el hielo y la nieve, para emprender la dura jornada que le separa de Añamendi o Aní, de bravas perspectivas. De la Mesa de los Tres Reyes, grandiosa masa que se alza entre Huesca, Francia y Navarra; y de toda esa crestería de picos punzantes que se eleva sobre la resquebrajada meseta rocosa de Larra (en cuyos recobecos perduran los neveros todo el año) de los que destacan las alturas de Pene Blanque, Arlas, Bimbalet, Lacora, Lapazarra, Lacarchela... y el collado de Ernaz, circunscripción de la peña San Martín, en la que el día 13 de Julio se celebra la entrega tradicional de tres vacas de igual

astaje, pelaje y dentaje, que los vecinos de Baretons de Francia pagan a los del Roncal en cumplimiento de inmemorial tributo.

Brinda al regreso confortador descanso la Venta de Arraco, junto a las fuentes del Esca, en el plácido y risueño valle de Belagua, donde los montañeros navarros sueñan con edificar un Albergue y magnífico rincón propio también para el aficionado al camping, que entre otros de diferentes características, cuenta con los siguientes lugares para establecer su vivac.

En la sierra de Abodi, próximo al Pantano de Irabea, en el bosque del Irati, uno de los más importantes de Europa, por la cerrazón salvaje de sus árboles y líquenes y misterio de lo desconocido, envuelto en fantásticas leyendas y consejas; situado en una intrincadísima red de montañas, de menor altitud que las anteriores, cuenta con travesías de incomparable belleza. Resaltan, entre sus cumbres principales, el majestuoso pico de Ori, Abodi, con sus varias cimas: Goñiburu, Idorroquí, Mendizar, Ocabé, Errozate, y el Urculo prolongándose hacia el Orzanurieta, a cuyos pies se halla la célebre Colegiata de Roncesvalles, evocadora de la Rota de Carlomagno.

Otro es el collado de Urquiaga, junto al nacimiento del Arga; no lejos de la antigua armería de Eugui, que se halla en ruinas y en pleno Quinto-Real (uno de los rincones más agrestes de nuestra provincia, por lo cerrado de sus Hayedos). Dificultan la marcha por esta región, los colosos que, emergiendo sus cabezas de la agreste fronda, quiebran los caminos y forman las altas cimas de Adi, Arguinzo, Ocoro, Sayoa, Zuriain, Garzaga, que alcanzan en sus estribaciones los pintorescos, plácidos y poéticos valles de Alduides en Francia y Baztán en Navarra.

Al Oeste, la Sierra de Aralar, de gran magnitud, ofrece intrincados laberintos que

alternando con rientes campas, de verdor de esmalte, se pierden en Guipúzcoa. Por su extensión, variedad y fáciles comunicaciones, es muy visitada y por ello conocida, aún cuando los caminos que ascienden de la Barranca, no son siempre tan claros y determinados como desearan nuestros deseos, por el enmarañamiento laberíntico que forman entre sí. No obstante exigen aquí unas notas las curiosidades que encierra y el encanto de la Naturaleza que se presta jubilosa a embellecerla. No es necesario para recorrer la sierra en todas direcciones, llevar consigo tienda alguna de campaña, pues existen, con tal profusión, bordas y chabolas de pastores y leñadores que, incluso, podría suprimirse la estancia en el Santuario de San Miguel, Casa de los Guardas, o en los Refugios de Igaratza o Desao.

Entre las curiosidades dignas de verse, y que Aralar nos ofrece tentador, señalaremos algunas de ellas, ya que una reseña minuciosa de todas, prolongaría demasiado esta descripción: Santificado por la Aparición de San Miguel, es obligada la visita a su Santuario, enclavado al pie de Alchueta, al que conducen caminos no exentos de fenómenos rarísimos: Partiendo de Huarte-Araquil y poco después de pasar por la antigua ermita románica de Zamarce, encontraremos a mano derecha, un añoso árbol que, cargando sobre sí una enorme piedra, crece y se desarrolla, elevándola cada vez más del suelo; y si en lugar de partir de la Barranca, iniciamos la ascensión por Madoz, por el camino llamado de la Serrería, entre la vegetación, que recubre otros vestigios, hallaremos las ruinas de Aguiri, que ofrecen el extraño fenómeno de una haya, nacida y desarrollada sobre el muro ciclópeo de la que fué iglesia del poblado, y deja la impresión de que la pared brotó de la tierra, alzando, con ella a una, el árbol que continúa vertical a la base, mientras sus raíces van arrancando sillares, que mantiene en el aire como oprimidos por crueles tentáculos.

Ya sea desde Huarte-Araquil, por fuertes pendientes; ya, por el valle de Ata, en mullida marcha de herbazales; desde Lizarrusti y Lacunza, entre arboledas frondosas; desde Guipúzcoa, con largas jornadas de caminar sobre «toboganos»; y en fin, por cualquier senda que conduzca al Santuario, se tendrá

oportunidad de contemplar la variedad de monumentos megalíticos, de que están salpicadas, sobresaliendo entre ellos por su rústica belleza y buena conservación, los dólmenes de Aranzadi, Otso-pasaje, Zubainta, Arzabal, Seacuain y Armendia, científicamente explorados.

Luego en el Santuario, tendremos ocasión de admirar y adorar la venerada imagen de San Miguel, y la primitiva ermita erigida por D. Teodosio de Goñi, en el lugar de la Aparición, sobre la cima de la que irrumpió el dragón infernal y las cadenas que aquel caballero navarro llevó ceñidas a su cintura, en expiación de la culpa cometida, y el precioso retablo esmaltado regalo del Rey D. Sancho el Mayor de Navarra, y saturados por la emoción, los grandiosos precipicios quedarán espiritualizados por la leyenda, y sus deliciosos y apacibles prados, revestidos del recuerdo penitencial.

Múltiples alturas atraerán al montañero: en tierras Guipuzcoanas, sobre la cuenca del Oria, salpicada de diminutos pueblos, Chindoqui, Gambo y Pardarri, y en Navarra, en competencia con ellas, las Malloas con las magníficas atalayas de Irumugarrieta (altura máxima de la sierra), Aldaón, Balerdi, Urdanota'ko Tuturre y Beloqui, sobre los valles de Araiz y Larraun, mientras en el lado opuesto, solitario y pensativo, el Pucherri, morada de la Dama de su nombre, emerge su calva roca sobre un hayal, avizorando los arabescos plateados del río Araquil en los valles que fertiliza.

Si desde Pucherri bajamos a la Burunda, por cualquiera de sus intrincados caminos bajo el bosque, tendremos en las umbrías de Urbasa, ilimitado campo para nuevas exploraciones, y lugar sin igual para montar la tienda de campaña, caso de no acogerse al Palacio de Urbasa. Una vez ganada la altura de la sierra en Baiza, o Santa Marina, o en otro punto cualquiera, la escarpadura que domina el Valle por completo, nos ofrecerá, sin ascensiones penosas, el dilatado horizonte de las tierras de Alava, camino de Vitoria, o las luminosas llanuras de Estella, con la mancha reverberante del Pantano de Alloz; lo tupido del bosque, poblado de hayas seculares, invita a penetrar en la sierra, y alcanzar su punto culminante en la cima de Dulanz y las fuentes del Urederra, bajo el

impresionante murallón, que da paso a los altos de las Amezcuas, y por ellos a la sierra de Lóquiz, y más tarde a la de Codés, con sus tres cimas llamadas Peñas de Yoar, Laplana y Costalera, desvanecidas en lomas en las llanuras de la Ribera y Rioja.

Desde éste punto, con una línea imaginaria que, pasando por las sierras del Perdón o Erreniega y Alaiz, llegue hasta la de Leire, asiento del antíguisimo cenobio tumba de los Reyes de Navarra, quedará encerrado, por el norte, todo el núcleo montañoso restante, ya que en el sur, apenas existen alturas de alguna importancia y consideración; en aquél, destacarán por la amplitud de visión sobre el Cantábrico y costas, las alturas de Peñas de Aya, Larun y Peña Plata o Aitzuri, como también se le denomina; por lo magnífico de sus frondas, Mandoegui, Burdindogui y Baigura; por la polícroma belleza de encantadores valles, Mendaur, Auza y Erga; por su arrogante figura, Izaga, Higa de Monreal y Elque; y por lo sugestivo de sus ascensiones, el macizo formado por las sierras de Sarbil y Andía, que dominan con sus majestuosas cumbres, los pintorescos valles de Olo y Goñi. En la cuenca fecunda de Pamplona surgirán turgentes la Peña de Echauri y Morche, mientras Trecu sobre Goñi y Churregui sobre Irurzun servirán de contrafuerte al coloso de Andía, la Peña de Beriain o San Donato que, imponente, hiende su cima en las nubes, alzándose sobre los valles de Ergoyena, Burunda, Barranca y Araquil, cautivando al montañero por lo atrevido de sus líneas y sublime altivez.

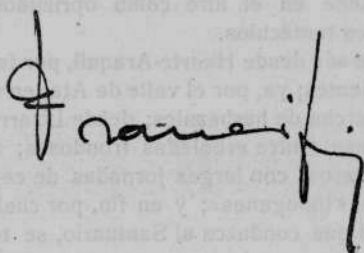
Los barrancos tajados en las montañas en labor de siglos por las aguas tumultuosas aprisionadas, presentan a su vez, entre amenos y pintorescos parajes, escalofrantes escarpas, murallas de pulidas paredes, de ciclópea arrogancia: Así las foces de Arbayun, Irati y Salvatierra de Esca, en unión de los desfiladeros de Chinchurrieta, Chinchurru-mear y Osqufa, que el montañero, ávido de emociones nuevas, ha compulsado escalar, con la ayuda de la cuerda, para atacar con decisión más tarde la soberbia de esbeltos monolitos: Entre éstos figura el gigantesco de Leire, de enormes proporciones; la «Buena Moza» de Urrobi, que se inclina sobre el río como para mirarse en sus aguas; la «Hermana Mayor» de Irurzun que logró su víctima;

el «Huso» y la «Rueca» sobresalen entre las agujas pétreas de Sarbil, así como la zona monolítica de Azuelo, en Codés, que no dudo en catalogarla como una de las más destacadas de la Nación.

Junto a estas rarezas y caprichos de la Naturaleza, es imposible omitir, la variedad y profusión de cuevas y grutas existentes en nuestras montañas: Desde la sima de insondables profundidades, hecha de cataclismos persistentes, a las grandes y espaciosas galerías, pobladas de estalactitas y estalagmitas, practicables para admiración y recompensa del esforzado montañero; su enumeración sería interminable; baste contar con las de Zugarramurdi, Isaba, Leire, Labia, Urbasa, Aralar, Larra...

Finalmente cuando el invierno con su albor manto cubre nuestro suelo, la montaña ofrece al esquiador las pistas de Baraibar, Velate e Ibañeta, ésta con moderno servicio de teleski, conocidas del deportista de la nieve, que, en sus suaves lomas, o desniveles pronunciados, halla terreno adecuado para lanzarse sobre los esquies a portentosas velocidades, o realizar travesías de fondo, según sus propias aptitudes y agrado.

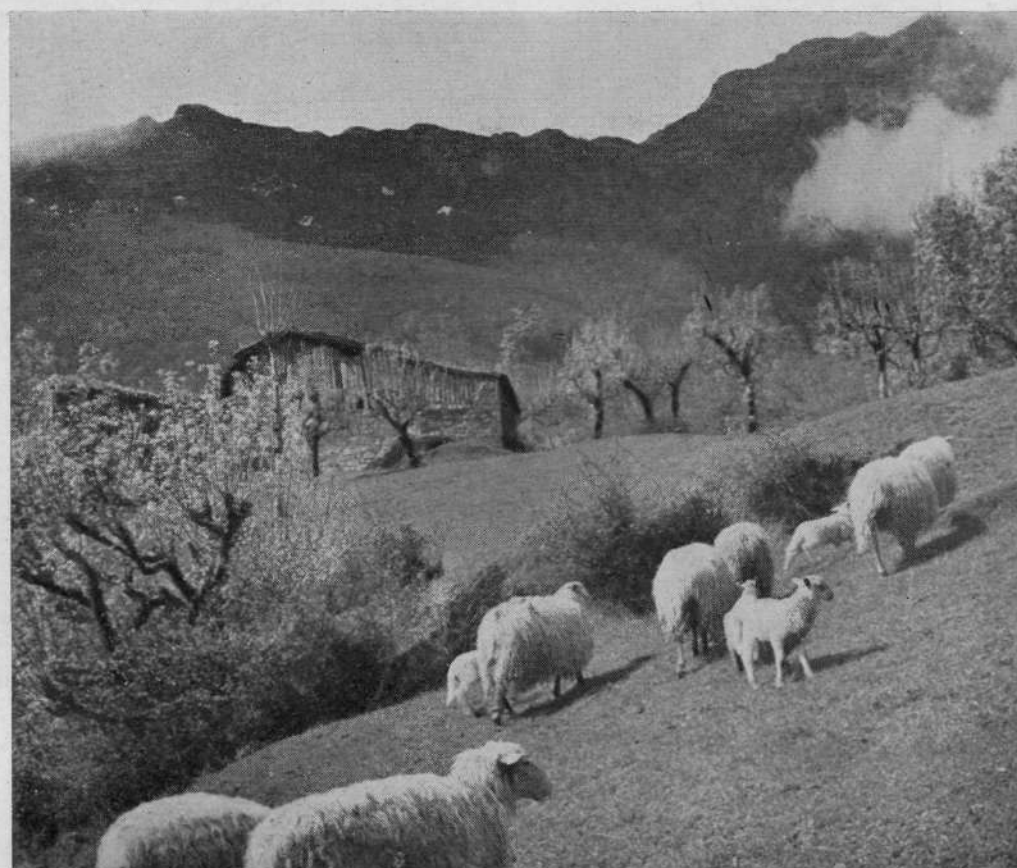
No podía faltar, ante esta prodigalidad de la montaña en Navarra, gran número de aficionados que, atraídos por ella, practiquen el alpinismo en todas sus variedades; y mil plácemes merecen a este respecto, las Sociedades Grupo Montañero Estella, C. D. Oberena y C. D. Navarra, principalmente ésta veterana, porque bajo sus auspicios, promueve ascensiones colectivas, concursos alpinos, y en fin cuanto redunda en un mayor conocimiento de la orografía y toponimia que nos rodea, ya que conociéndola, nos la hace amar, y amándola exclamar con Ruskin: «Las puertas de la montaña me abren una vida nueva, que no tendrá fin para mí, sino en la cumbre de aquel monte del que no se vuelve nunca».



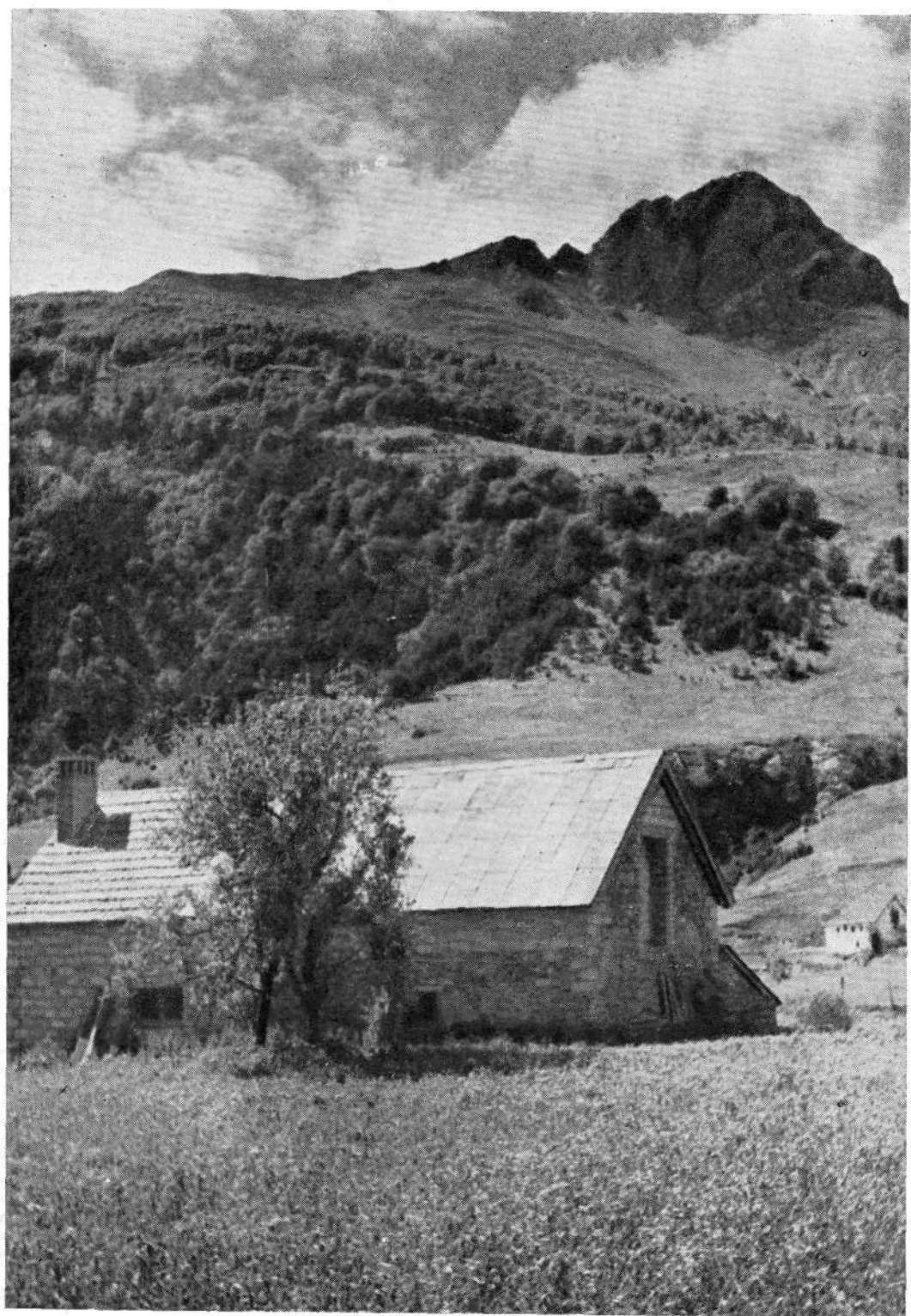
Pirineo navarro y aragonés desde la cima de Orzanzurietta (Roncesvalles).



Las Malloas.



Fotos
F. Ripa



*LAKARTXELA
desde Belagua.*

Foto F. Ripa